

El Profesor Andrés Predöhl, y los planes monetarios

Nuestro colaborador, el Profesor Germán Bernácer, hizo, en nuestro número del 15 de septiembre último, una reseña y un comentario del interesante artículo publicado en el «Weltwirtschaftliches Archiv», de Kiel, por el sabio Profesor de aquella Universidad Dr. Andrés Predöhl, sobre los planes monetarios anglosajones. Aquel comentario ha tenido réplica en una atenta carta del autor al comentarista. Como la carta contiene explicaciones muy sugestivas para todos los que sigan el estudio de esta cuestión, la reproducimos íntegramente, seguida de un comentario del Sr. Bernácer.

He aquí, ante todo, la misiva del ilustre Rector de la Universidad de Kiel:

Kiel, 18 de noviembre de 1943.

Prof. Germán Bernácer.

Madrid.

Mi distinguido colega:

Le significo a usted mi más cortés agradecimiento por el amable envío de su artículo relativo a mi trabajo sobre los planes monetarios anglosajones. He leído con el mayor interés sus comentarios, que me han causado fuerte sugestión. Me complace mucho que usted prosiga la discusión sobre este importante problema de modo tan provechoso. Por mi parte, debo hacer un par de observaciones a sus comentarios.

Usted reputa demasiado unilateral mi exposición de la política monetaria autónoma como una consecuencia del fracaso del mecanismo del patrón oro, y busca una explicación de esta dependencia sobre bases esencialmente más concretas y en forma más polifacética. Creo, en realidad, que usted tiene razón, pero que la objeción no afecta a mis puntos de vista. Yo no pretendía dar una explicación completa del fracaso de la vieja economía mundial. Si lo hubiese pretendido, hubiera debido señalar, aparte de los factores a largo plazo por usted indicados, los influjos a corto plazo, que, como consecuencia, por ejemplo, de las regulaciones de la paz después de la primera guerra mundial, entraron en acción. Se trataba para mí de probar—independientemente de otras muchas causas— que tan sólo el fin de la expansión de la economía liberal hu-

biese bastado para llevar al fracaso el entero mecanismo del patrón oro. Me interesaba mostrar que el fracaso del patrón oro es, en todas las circunstancias, un proceso irreversible y que es, por tanto, totalmente absurdo discutir la posibilidad de su restablecimiento o de la introducción de un mecanismo universal semejante, y me pareció que el fin de esa expansión era una base, la más contundente y demostrativa, de esa irreversibilidad. Creo, pues, que no estoy muy alejado de su propia concepción de usted.

Un segundo punto sobre el que debo explicarme es aquel que trata usted al final. Cree usted que el regionalismo monetario propuesto por mí, es quizás tan incómodo, al menos para los pequeños países, como el imperialismo económico que se esconde tras los planes internacionales. A esto quisiera contestar, ante todo, que mientras considero forzoso el acuerdo regional en cualesquiera circunstancias, el retorno a una solución internacional lo tengo por imposible, de suerte que un ajuste por anticipado me parece que no ofrece ningún interés. Yo no creo, sin embargo, que el regionalismo monetario y la dirección económica se hallen ligados indisolublemente a las muchas molestias que todavía hoy observamos. Soy de opinión de que la dirección económica propiamente ha tomado un carácter tan fuerte de economía coercitiva únicamente bajo circunstancias de economía de guerra, pero que está muy lejos, después de todo, de la idea que aparenta de una economía planificada colectivista. Ante todo, soy de opinión de que, incluso en el comercio internacional, dentro del llamado gran espacio, el cambio multilateral relativamente libre, recuperará su lugar tan pronto como las economías se concuerden unas con otras a la larga en su evolución propia. Efectivamente, el objeto de mi artículo era precisamente demostrar que una solución monetaria regional es el único camino de superar las muchas desagradables medidas coercitivas que hoy todavía persisten, y volver a dar facilidades al comercio internacional. Esta concepción significa, en fin, que precisamente esas uniones a que se habrá de llegar, garantizarán una gran dosis de

libertad, mientras que el aislamiento únicamente conduce a una libertad aparente. Quizás también podemos llegar al acuerdo sobre este punto, si yo he entendido bien sus explicaciones.

Otro pequeño punto todavía: Usted cita la siguiente frase: si todos los países se encontrasen en evolución permanentemente progresiva, la autonomía entre estabilidad interna y externa de los mercados quedaría resuelta. Aquí debe decir *antinomía*. Pero creo que sus razonamientos no son afectados por esto.

Entretanto, he leído con gran interés su artículo en «Economía Mundial» sobre los planes monetarios anglosajones, que me ha dado nueva confirmación de que nuestras concepciones sobre esta cuestión son las mismas en amplia medida. Me complacería que usted, con ocasión de nuevas publicaciones, me enviase también un ejemplar separado. Nosotros coleccionamos aquí la Revista, pero se puede hacer un estudio más profundo cuando se tienen los artículos particularmente interesantes en impresión aparte.

Me congratulo de que contemos a usted entre los colaboradores de nuestra Revista. Su artículo sobre la Ecuación Fundamental del Mercado monetario encontró en su día en Alemania un interés particularmente intenso, como he podido comprobar por diversos conductos.

Espero tener ocasión de conocerle personalmente algún día, sea que usted venga a Alemania, sea que yo vaya a España.

Con corteses saludos,

Prof. ANDRES PREDÖHL»

* * *

COMENTARIO

Perdónenos, ante todo, el docto Profesor la traición cometida involuntariamente, en la traducción de su pensamiento, al reproducir una de las frases de su hermoso artículo. Yo escribí *antinomía* y señalé en las pruebas la errata, pero se trataba por lo visto de una de esas erratas contumaces, destinadas a salir de todos modos en el texto, a pesar de los pesares. La substitución de ese vocablo por el de autonomía quitaba todo su sentido a una frase que yo reproduje textualmente porque expresa elegantemente una

de una acertadísima. Que quede aquí destacadamente rectificado el error, y reproducida correctamente la frase que en mi original decía: «Si todos los países se hallasen en evolución permanentemente progresiva, la antinomia entre estabilidad interna y externa de los mercados quedaría resuelta *ipso facto*.»

Y debidamente rectificado el *lapsus*, pasemos a las observaciones de fondo, no para contestarlas, pues siendo muy justas, no tienen réplica, sino para hacer algunas consideraciones a propósito de un tema que difícilmente lograremos agotar.

Reconozco que, dejándome llevar de una preocupación personal acerca de las causas fundamentales de la ruina del patrón oro, no supe apreciar debidamente la posición dialéctica del Doctor Predöhl en la cuestión, desde el punto de vista voluntariamente restringido de la disección de los planes monetarios inglés y norteamericano. Hay que tener en cuenta que para nosotros, españoles, el fracaso del patrón oro cuenta sesenta años de fecha, y lo podemos estudiar en nuestra propia historia económica en momentos que coinciden con el pleno florecimiento de la economía liberal en el mundo.

Yo, que he señalado, antes de que fracasara en los grandes países, los que me parecían defectos esenciales de ese régimen monetario, me hallo más fuertemente impresionado que por las causas accidentales de su fracaso total en los últimos veinte años, por las deficiencias básicas de un sistema que yo creo que no ha servido bien tampoco a la economía liberal, puesto que ha sido pieza importante en la extensión y agravación de las crisis, que han traído al fin la ruina del sistema liberal mismo.

Por eso, al recalcar las causas, a mi ver esenciales, del hundimiento del patrón oro, y que tengo la satisfacción de ver que son compartidas por una autoridad tan destacada como la del eminente Profesor alemán, obedecí más que a señalar una deficiencia de su trabajo —deficiencia que no existía dada su posición polémica—, al deseo subconsciente mío de que el lector español no dejara de tener presente que, si había motivos accidentales que han acarreado más recientemente la ruina del sistema por doquier, no faltan los esenciales que la acarrearán antes en algunas partes, y que impedirán su retorno con éxito.

Con la tesis de la irreversibilidad del fracaso del patrón oro, sostenida magistralmente por el ilustre

autor de Kiel, me hallo en pleno acuerdo. En general, todo el artículo del Dr. Predöhl seduce desde un principio por su claridad de exposición, por su lógica contundente. El párrafo señalado con el número 6, al que pertenece la frase antes citada, es insuperable en todos los aspectos. En la cuestión de que trata, todo el artículo debe ser considerado como uno de los trabajos fundamentales.

En relación con la tesis que su autor sostiene y que designa con el nombre de Regionalismo monetario, creo que nos separa más una cuestión de grado que de esencia. Ambos convenimos en que no puede haber solución bajo un plano universalista, sólo que yo soy más radical que el Profesor de Kiel, pues mi regionalismo monetario no se detiene más que en las fronteras nacionales, en tanto que él admite la posibilidad de acuerdos eficaces dentro de ciertas zonas geográficas y políticas, y aun los cree indispensables.

A mi juicio, las dificultades que existen para un plan internacional no son diferentes para un plan regional, pues dimanan de que cada país, en el territorio de su soberanía, necesita conservar la autonomía monetaria si ha de resolver por sus medios propios los problemas económicos que le atañen, y en particular, el de la plena ocupación y atenuación o supresión del vaivén cíclico. No hay para ello un procedimiento universal, y aunque lo hubiera, sus resultados pueden seguir diverso ritmo en cada comarca.

Tengo por absurda en sí misma la idea de comenzar la reconstrucción económica por una regulación o fijación de los cambios. La cuestión esencial no es la fijeza de los cambios, sino la estabilización de las economías; cuando ésta sea un hecho en todas partes, lo demás se nos dará por añadidura. Pero precisamente el éxito de los esfuerzos para estabilizar las economías exige, a mi ver, como premisa esencial, la autonomía monetaria, a fin de impedir que el proceso de estabilización fracase por el impacto de las perturbaciones exógenas. ¿Hubiéese obtenido éxito la propia Alemania en su experimento de reducir el paro, a no haber operado *en vase clos*?

Los efectos de una fijación «a priori» del cambio, sin una estabilización previa de las economías, me parece que se puede estudiar en el caso de Alemania y España, y el resultado no es favorable (1).

Quizás mis pocos puntos de dis-

paridad con el Profesor Predöhl dimanen de una manera diferente de mirar el problema de fondo: el economista alemán, desde el punto de vista de la dirección económica, y yo, más bien pensando en el retorno a una economía libre, que no es ciertamente el retorno a la economía liberal, lo cual sería volver, como el Profesor de Kiel observa muy justamente, a una falsa y aparente libertad, porque implica la sumisión a la fatalidad de las crisis y del paro, que yo no juzgo hechos fatales de toda economía libre, sino el resultado de la infracción de las normas racionales del vivir económico. Corregidas esas infracciones, será posible una economía libre, sin los inconvenientes de la economía liberal.

Tampoco ello está reñido con la idea del gran espacio económico. Este cabe concebirlo de dos maneras: como supeditación de unas naciones a otras para formar un imperio unitario que borre, con las fronteras políticas, las fronteras económicas; o sin renunciar cada país a su independencia política plena, por una abolición espontánea y progresiva de las barreras aduaneras, que promueva la adaptación y concordancia gradual de las diversas economías nacionales dentro de un gran espacio económico (2), que podría irse ampliando hasta abarcar el mundo.

Esto no es posible sin que cada nación vea vinculado su interés propio a la abolición de esos impedimentos comerciales. Pero yo he llegado a la convicción de que la tendencia al aislamiento comercial es un efecto secundario del ciclo económico, al tratar de defenderse cada país de los efectos perniciosos de la propagación de las coyunturas adversas externas. Bajo el régimen de patrón oro, no hay más defensa que la arancelaria, defensa falaz que conduce a un aislamiento progresivo, y a la asfixia de la gran industria. Bajo el régimen de cambios libres, éstos ofrecen una protección natural, eficaz y automática, que permitiría prescindir de la protección arancelaria, una vez que se prescindiera además del fetichismo de la paridad de las monedas con el oro ni con ninguna otra materia particular. Lo único que importa conservar es la estabilidad del poder de compra.

GERMAN BERNACER

(1) Véase en *ECONOMIA* del 30 de septiembre último: «El plan alemán de cambios exteriores».

(2) Véase en *Economía Mundial* de 18 de julio de 1942: «La idea del espacio económico».